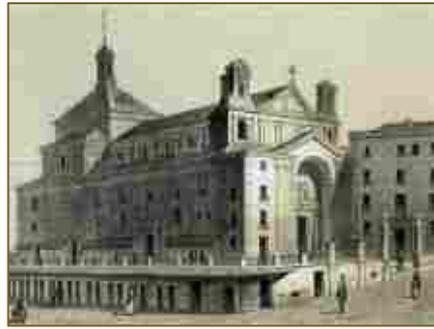


El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 783 Jueves 10 de Agosto de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **¿Superioridad moral de la izquierda?**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **El PSOE está enfermo**, *Ignacio Ruiz-Jarabo*
- ✚ **Primero Marruecos, ahora Lanzarote: Sánchez deja colgada la presidencia de la UE**, *Sergio Gimeno*
- ✚ **La perplejidad**, *Daniel Campó*
- ✚ **Calentamiento global: ideología, ciencia y política**, *Alejo Vidal-Quadras*
- ✚ **Querer a España**, *Pilar Cernuda*

¿Superioridad moral de la izquierda?

Para que Sánchez se mantenga en Moncloa cualquier precio que tengamos que pagar todos los españoles será aceptado. La izquierda cree que tiene una especie de derecho a gobernar haga lo que haga

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor. Académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

Siempre me ha asombrado la supuesta superioridad moral de la izquierda que se perdona a sí misma las mayores desviaciones e inmoralidades en la convicción de que sus acciones conducen inexorablemente al bien común y a la felicidad del pueblo. El fin justifica los medios. La izquierda española ha escrito su historia desde esa cacareada superioridad moral que le lleva a creer que posee una condición especial para que naturalmente deba gobernar. Y si no gobierna es como si se viviese un paréntesis de anormalidad. El socialismo ha estado y está en vanguardia de esa falacia.

La pantomima de la celebración electoral en Ferraz la noche del 23 de julio es un ejemplo de esa falacia. Se festejaba por los perdedores de las elecciones haberlas ganado y pudimos ver contentísima a María Jesús Montero bailando a lo Iceta, mientras un público de enfervorecidos ciudadanos gritaba «¡No pasarán!», otro retorno al guerracivilismo. El PP había superado en votos y escaños a los festejadores. Hace más de ochenta años del «¡No pasarán!» de la Pasionaria que coincidía en militancia con la chulísima Yolanda pero con más activo funcionamiento neuronal, y los destinatarios del grito pasaron.

Socialistas, comunistas, anarquistas y sindicalistas prepararon y ejecutaron la revolución de Asturias el 6 de octubre de 1934 contra el Gobierno legítimo de la República porque en las elecciones del 19 de noviembre de 1933 había ganado el centro-derecha por más de dos millones de votos. Los desmanes asturianos duraron dos semanas y produjeron casi dos mil muertos. En Cataluña el reivindicado Lluís Companys, que tanta sangre vertió después, proclamó el Estado Catalán. El Gobierno de la República suprimió la Generalidad.

Indalecio Prieto había organizado la llegada a la playa asturiana de Aguilar de un alijo de dieciocho toneladas de armas y municiones a bordo del «Turquesa». El exministro socialista ofreció pistolas y ametralladoras a Companys pero no llegaron a un acuerdo en el precio. El 1 de mayo de 1942, Prieto declaró en el Círculo Pablo Iglesias de México: «Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera, de mi participación en el movimiento revolucionario de octubre de 1934. Lo declaro como culpa,



como pecado, no como gloria». Prieto y Largo Caballero, dos golpistas, tienen monumentos en Madrid que la derecha con mayorías absolutas no osó retirar.

El motivo de aquella revolución fue que la izquierda, y singularmente los socialistas, amenazaron con movilizarse violentamente si entraban en el Gobierno ministros de la

coalición CEDA que había ganado las elecciones. Esa amenaza convirtió a Lerroux en presidente del Gobierno desplazando al jefe de la fuerza más votada que era Gil Robles. Pocos días después de entrar al fin en el Gobierno tres ministros cedistas se produjo la anunciada revolución. Salvador de Madariaga, ministro y embajador republicano, escribe en su obra *España*: «El alzamiento de 1934 es imperdonable (...). Con la rebelión de octubre de 1934 la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936».

La prensa de izquierdas había calentado el ambiente. *Renovación*, de las Juventudes Socialistas, escribía el 16 de septiembre: «También los obreros saben manejar las ametralladoras. (...) Los obreros lo esperan todo de la revolución social, del Partido Socialista». *El Socialista* publicaba el 25 de septiembre: «Renuncie todo el mundo a la revolución pacífica, que es una utopía; bendita la guerra». Y anunciaba el 27 de septiembre: «Tenemos nuestro ejército a la espera de ser movilizad». Y aún escribía el día 30: «Nuestras relaciones con la República no pueden tener más que un significado: el de superarla y poseerla». Una guerra, como se ve, deseada por la izquierda, que al fracasar el golpe de Estado del 18 de julio, como respuesta a las reiteradas amenazas, se convirtió en guerra civil. Sánchez tiene antecedentes. O él o nadie.

Indalecio Prieto, con fama de moderado, anunció en el mitin del Cine Pardiñas, el 4 de febrero de 1934, que «todos los órganos de la Administración habrán de ser intervenidos por comisarios del pueblo» e hizo un llamamiento para que «el proletariado se haga cargo del poder». Y Azaña, tan jaleado hoy, había escrito: «Nos encontramos padeciendo (...) una política que ostenta un título falso, porque procede de una mixtificación electoral del año 1933», Cuando la izquierda gana unas elecciones se trata de algo natural; cuando las pierde es una mixtificación, una anomalía. Y se festeja igual como el pasado 23 de julio. Creen que los españoles somos tontos y me temo que a menudo aciertan. A la vista del abultado voto socialista del 23 de julio no tengo demasiadas dudas.



La izquierda cree en su superioridad moral, de modo que para ella vale todo. Al centroderecha se le discute su lugar bajo el sol. En esa línea histórica no debe extrañar la amnesia ni la memoria histórica mentida. Sánchez se cree legitimado para aliarse con comunistas, golpistas, herederos del terrorismo, incluso con un prófugo de la Justicia. Un conjunto de aprendices de sátrapas que no cree en España, en la Constitución ni en su forma de Gobierno. Para que Sánchez se mantenga en Moncloa cualquier precio que tengamos que pagar todos los españoles será aceptado. La izquierda cree que tiene una especie de derecho a gobernar haga lo que haga. Y lo peor es que un buenismo suicida del centroderecha ha aceptado ese cuento o se ha resignado. Y, la verdad, no sé qué es peor aceptarlo o resignarse a padecerlo.

El PSOE está enfermo

Ignacio Ruiz-Jarabo (*Vozpópuli*)

Era difícil huir de esa sensación viendo el espectáculo de saltos de júbilo que daban algunos de sus líderes la noche electoral. Celebraban que su todopoderoso líder, Pedro el Cruel, podría ser investido presidente del Gobierno con el apoyo explícito de Bildu y ERC y el implícito de Junts, tres partidos cuyos líderes acumulan un numeroso conjunto de delitos cometidos, todos ellos graves. El recuento del voto del exterior ha determinado que ahora necesiten que el apoyo de Puigdemont deba ser también explícito. Pero lo relevante, dramático y preocupante es que en el actual PSOE no importa quién les tenga que apoyar ni cuál ha de ser el precio del apoyo, solo les importa que éste se produzca.

Confieso que yo no conozco otro caso igual en la Europa democrática. Y, además, creo que se trata de un síntoma evidente de enfermedad crónica que

constituye una auténtica amenaza para la democracia española y para la convivencia entre españoles. Que la primera está amenazada es un hecho evidente directamente deducido de los apoyos, antes citados, que busca Sánchez. Basta recordar que los tres partidos Bildu, ERC y Junts buscan la segregación de España, desean la «España rota» en palabras de Otegui. Pero es que, adicionalmente, los movimientos que se realizan desde el PSOE permiten constatar que su actual enfermedad pone en peligro la vertebración territorial y social de España.

Veamos si no la última propuesta lanzada por Salvador Illa y que, de manera escandalosa, ha sido bien recibida por la ministra de Hacienda, M. J. Montero. Propone aquél que el Estado practique una condonación en la deuda que la Generalitat ha contraído con el Estado por haber accedido a los recursos del Fondo de Liquidez Autonómica en varias decenas de miles de millones de euros. Quiere decirse que una Comunidad, Cataluña, se enriquecería a costa del conjunto de las demás. ¡Ole por la igualdad entre territorios en la que meditan los socialistas!

Se premiaría con ello la mala administración de una Comunidad Autónoma frente a la recta y prudente gestión de otras. Se estaría validando además el mal uso, incluyendo la malversación, que han hecho los gobiernos independentistas de Cataluña que desviaron los recursos del contribuyente hacia fines ilegales como fueron todas las actividades que integraron el procés. No cabe mayor claudicación del Estado y de la democracia. ¡Ole por la responsabilidad en la gestión pública en la que meditan los socialistas!

Pero es que, además, en términos de justicia interpersonal, la propuesta de Illa bien recibida por M. J. Montero, resulta casi escatológica. Pensemos que el coste de la deuda que debiera ser satisfecha, por ejemplo, por los empresarios catalanes y por los miembros de la alta burguesía catalana, recaería sobre un pequeño agricultor gallego, un funcionario castellano leonés o un trabajador manual madrileño. ¡Ole por la justicia social en la que meditan los socialistas!

En cualquier partido democrático, la propuesta de Illa habría sido inmediatamente descalificada por irresponsable y por injusta. Hete aquí que en el actual



PSOE ha sido bien recibida por la titular del Departamento responsable del control del gasto público y de la justicia tributaria ¡Ole por la Montero!

De ser aceptado por los independentistas lo que propone Illa como moneda de cambio –junto a otras– para investir como presidente de Gobierno a Sánchez, éste nos explicará que la condonación es un instrumento para la pacificación de Cataluña. Pero ¿qué pacificación es ésta? Unos malgastan malversando los recursos públicos y los demás tienen que asumir el coste del despilfarro y la malversación ¿Es eso pacificar? Que me perdonen los lectores,



pero en lenguaje poco académico y algo cuartelero, la propuesta de Illa consiste en que los españoles no residentes en Cataluña «seamos la puta y paguemos la cama».

Por ello me reitero en mi pronóstico, el PSOE está enfermo. Lo malo del caso es que no se adivina quién le puede curar. No lo han conseguido los escasos, aunque meritorios, líderes y/o exdirigentes del partido que han denunciado su proceso de deriva. Y no lo han conseguido los electores españoles que, pese a provocar la clara derrota de Sánchez frente a Núñez Feijóo, le han proporcionado a aquél los votos suficientes para que intente mantenerse a toda costa en La Moncloa. Pues bien, cuando un enfermo no tiene cura, la enfermedad solo desaparece con la muerte. ¿Tendrá que morir el PSOE para que pueda vivir España?

Primero Marruecos, ahora Lanzarote: Sánchez deja colgada la presidencia de la UE

Tras pasar unos días en un hotel de lujo en Marruecos, ahora Pedro Sánchez continuará sus vacaciones en La Mareta (Lanzarote). Nada se sabe de la Presidencia española del Consejo de la UE.

Sergio Gimeno (esDiario)

Pedro Sánchez sigue de vacaciones. Eso es lo único que se sabe del actual Presidente del Gobierno en funciones. Y no solo está desatendiendo las reuniones que le han solicitado, como la pedida por Alberto Núñez Feijóo, para deshacer el bloqueo instaurado en España tras los resultados del 23J, sino que también la relevante Presidencia española del Consejo de la Unión Europea.

Así, tras pasar unos días de descanso en Marruecos, alojado en el lujoso hotel de cinco estrellas Le Mirage, este lunes Pedro Sánchez –junto a su mujer e hijas– han aterrizado en Lanzarote para continuar con sus vacaciones en el también lujoso palacio de La Mareta.

Concretamente, Sánchez llegaba a la isla este lunes antes de las 19:00 horas en un vuelo regular. Hasta el momento, se encuentra sin determinar la duración de su estancia en Lanzarote y si tiene previsto llevar a cabo algún compromiso de índole pública. A pesar de tratarse de un viaje de carácter privado, aún no se dispone de información sobre si habrá actividades oficiales en su agenda durante su estadía.

La Presidencia del Consejo de la Unión Europea

España asumió el pasado 1 de julio, y hasta el 31 de diciembre de 2023, por quinta vez en su historia, la Presidencia del Consejo de la Unión Europea. En tre sus cometidos, Pedro Sánchez –como actual Presidente del Gobierno en funciones– deberá organizar y liderar las reuniones del Consejo, representarlo en sus relaciones con otras instituciones de la Unión Europea –entre las que destacan la Comisión Europea y el Parlamento Europeo– y asistir a foros internacionales.

Lejos de aprovechar esta oportunidad, asumida de forma rotatoria, para afianzar relaciones con otros países y posicionar a España en el panorama internacional, Pedro Sánchez no está cumpliendo con ninguna de sus funciones.

Abrazo a Delcy Rodríguez y abandono de la cumbre UE-CELAC

«Nunca se había visto nada así aquí. Va por libre», confiesa a *ESdiario* un veterano funcionario español con destino en el aparato de la Comisión Europea. El enfado en Bruselas con la actitud de Pedro Sánchez en la cumbre de apertura de la presidencia española de turno de la UE –añadida además a la importante bilateral con las naciones de Latinoamérica y Caribe– no se oculta en los pasillos de la capital comunitaria. Se refiere al cariñoso abrazo que Sánchez otorgó a la non grata en la UE vicepresidente de Venezuela Delcy Rodríguez. Desde protocolo se buscaba corrección con la mandataria de Nicolás Maduro pero, ante todo, frialdad. Sánchez, sin embargo, decidió por su cuenta y riesgo hacer caso omiso a las indicaciones.

No solo eso. En la Unión Europea también valoran con alarmante estupor la inédita marcha del líder del PSOE durante la cumbre UE-CELAC. Y es que después de la cumbre de dos días llevada a cabo en Bruselas, estaba prevista la comparecencia conjunta del presidente del Gobierno en funciones, Pedro



Sánchez, junto al presidente del Consejo Europeo, Charles Michel, la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, el presidente «pro tempore» de la Comunidad de Estados de Latinoamérica y el Caribe, Ralph Gonsalves, y el presidente de Argentina, Alberto Fernández, pero Sánchez optó por desaparecer. En lugar de participar en la tradicional rueda de prensa con los demás líderes, Sánchez se dirigió a Donostia para participar en un mitin del PSOE en el marco de la campaña electoral del 23J. Este movimiento revela su prioridad de asistir a compromisos políticos nacionales en lugar de participar en la rueda de prensa post-cumbre. Toda una sorpresa en la Unión Europea.

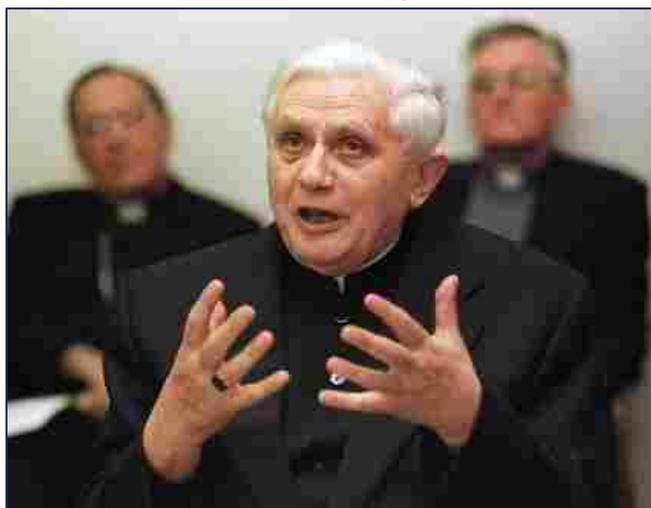
Por el momento toca esperar a que Pedro Sánchez decida poner punto y final a sus largas vacaciones y volver al trabajo. Aunque por el momento, todo indica que su posible investidura y la Presidencia del Consejo de la UE no le son una prioridad.

La perplejidad

«No sólo han regresado a Europa la guerra, los populismos y los nacionalismos, también las sociedades occidentales están más fracturadas y empobrecidas»

Daniel Capó (*El Subjetivo*)

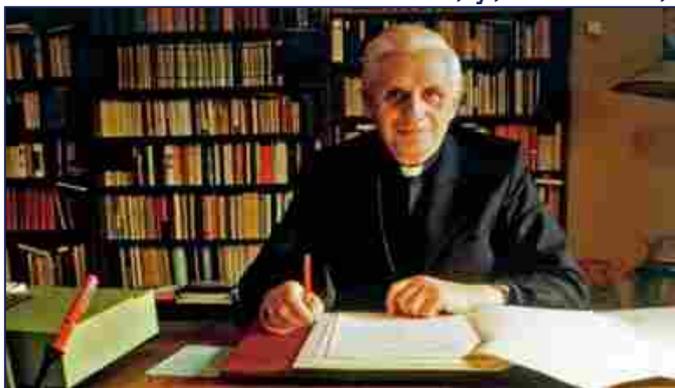
Fue en 1996, en Guadalajara (México), cuando Joseph Ratzinger, entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, pronosticó el retorno del marxismo bajo un ropaje distinto. Habían pasado apenas siete años desde la caída del Muro de Berlín y Occidente danzaba el vals del final de la Historia que dirigía Francis Fukuyama. La reunificación alemana, el Tratado de Maastricht y la definitiva puesta en marcha de la globalización, con una China aún empobrecida como nuevo actor global, nos hablaban de un mundo diferente que podía hacer posible el viejo anhelo de una paz universal. Para los que vivimos aquellos años en el bachillerato o en la universidad –una generación que ahora dirige el continente–, reinaba el doble optimismo de la juventud y de la esperanza. Se decía adiós a las querellas nacionales y a las ideologías, y Europa –por primera vez– parecía realmente un espacio de libertad.



«El hundimiento de los sistemas de gobierno de inspiración marxista en el Este europeo» –señalaba el cardenal Ratzinger– «resultó ser una especie de ocaso de los dioses: precisamente allí donde la ideología liberadora marxista

había sido aplicada consecuentemente, se había producido la radical falta de libertad, cuyo horror aparecía ahora a las claras ante los ojos de la opinión pública mundial. Y es que cuando la política quiere ser redención, promete demasiado. Cuando pretende hacer la obra de Dios, pasa a ser, no divina, sino demoníaca». Es la antigua historia de la transformación de la utopía en distopía, del ideal en un relato de terror.

«Hasta entonces» –proseguía el teólogo alemán– «el marxismo había sido el último intento de proporcionar una fórmula universalmente válida para la recta configuración de la acción histórica. El marxismo creía conocer la estructura de la historia mundial, y, desde ahí, intentaba demostrar cómo esta



historia puede ser conducida definitivamente por el camino correcto. El hecho de que esta pretensión se apoyara sobre un método en apariencia estrictamente científico, sustituyendo totalmente la fe por la ciencia, y haciendo, a la vez, de la ciencia praxis, le confería un formidable atractivo. Todas las

promesas incumplidas de las religiones parecían alcanzables a través de una praxis política científicamente fundamentada».

Pero, frente a ello, la caída del comunismo a manos del escepticismo razonable de la democracia liberal abría un espacio para la llegada de algo muy distinto, que no era ajeno a la euforia de la época, a pesar de la guerra en los Balcanes o en Irak. Era un mundo nuevo para un tiempo nuevo. Y, sin embargo, fuimos muchos los que entonces no supimos ver la marea de fondo, los cambios que se producían debajo de la superficie. Para Ratzinger, la clave no era el discurso de un optimismo que se confundía con la ingenuidad, sino la herida penetrante de la perplejidad. Lo resumía con estas palabras: «La caída de esta esperanza trajo consigo una gran desilusión, que aún está lejos de haber sido asimilada. Por eso, me parece probable que en el futuro se hagan presentes nuevas formas de la concepción marxista del mundo. De momento, quedó la perplejidad: el fracaso del único sistema de solución de los problemas humanos científicamente fundado».

Con el tiempo, ya entrado el siglo XXI, la confusión cambió de bando, el marxismo derrotado retornó con rostros diferentes y la triunfante democracia liberal empezó a descender hacia su particular nadir. No sólo han regresado a Europa la guerra, los populismos y los nacionalismos, sino que también las sociedades occidentales se encuentran más fracturadas y empobrecidas. Nuestro error no ha sido la consecuencia de un sistema científicamente probado, sino tal vez de la hybris, del orgullo ingenuo y del poder de la técnica que, a medida que avanza, destruye mundos y sueños.

Quizás debamos aprender esta lección: el curso de la vida conduce a la perplejidad; no al triunfo ni a la derrota definitivos, sino al misterio.

Calentamiento global: ideología, ciencia y política

Alejo Vidal-Quadras (*Vozpópuli*)

Hace unos veinte años por lo menos –yo era entonces vicepresidente del Parlamento Europeo y miembro muy activo de su Comisión de Industria y Energía–, fui invitado por una prestigiosa Escuela de Negocios de Barcelona a una conferencia magistral de Al Gore, el ex vicepresidente de los Estados Unidos y fallido candidato presidencial, sobre cambio climático, basada en su célebre documental *An inconvenient truth* (Una verdad incómoda). Gore, tras perder por un escaso margen las elecciones ante George W. Bush, se reinventó como activista medioambiental y, en particular, como profeta del calentamiento global y de las consecuencias catastróficas que aguardaban al



planeta si no se tomaban medidas drásticas de inmediato para frenar tan amenazante desastre. Confieso que quedé, al igual que el resto de la selecta audiencia, muy impresionado por lo espectacular de las imágenes, la contundencia de los gráficos y la aparente solidez de los argumentos de Gore, que, obviamente, percibió una fabulosa suma por

el par de horas que nos dedicó dentro de su periplo mundial de promoción de su inquietante tesis.

Después de aquel acontecimiento académico-publicitario de carácter iniciático he tenido ocasión, tanto en mis quince años en la Eurocámara, como posteriormente, de leer abundantemente sobre la cuestión y de asistir a unas cuantas conferencias y reuniones centradas en este tema, entre ellas, la COP13, que se celebró en Bali en diciembre de 2007 y en la que participé como cabeza de la Delegación del Parlamento Europeo. En el transcurso de este largo período he tenido ocasión de escuchar y de intercambiar impresiones con numerosos expertos en clima. física atmosférica, oceanografía, paleoclimatología, modelos matemáticos de predicción, economía del desarrollo, energía y otras varias disciplinas relacionadas con un área tan sensible social y políticamente.

La primera conclusión a la que he llegado es que el gran público, la inmensa mayoría de los periodistas que escriben sobre este asunto y la práctica totalidad de los políticos que pontifican al respecto, carecen de los conocimientos científicos elementales necesarios para entender este fenómeno. Desde que siguiendo por televisión el debate durante la campaña presidencial francesa de 2007 entre Ségolène Royal y Nicolas Sarkozy comprobé estupefacto que

ninguno de los dos sabía qué porcentaje de la producción total de electricidad de su país era de origen nuclear –30% dijo ella, 50% afirmó él–, mi confianza en el rigor intelectual de los representantes electos del pueblo, incluidos los de máximo nivel, experimentó un serio deterioro.

La segunda es que una rama de la ciencia a la que los gobiernos dedican cantidades ingentes de dinero –cuatro mil millones de dólares al año sólo en E.E.U.U.– genera un conjunto de intereses creados entre la comunidad investigadora que es bastante probable que nuble su objetividad y preste cierto sesgo a los resultados de sus trabajos.

La tercera radica en que toda la labor científica sobre cambio climático está desde su origen en los años setenta contaminada por la política. El hecho de que Margaret Thatcher quisiera acabar con el poder de los sindicatos británicos de la minería del carbón y con la dependencia occidental del petróleo de



las monarquías del Golfo favoreció sin duda el arranque de este movimiento masivo actual en favor de la descarbonización de la economía global. Por otra parte, la izquierda, tras la caída del Muro de Berlín y, con él de los fundamentos doctrinales de su cosmovisión, encontró en la lucha

contra el aumento de la temperatura atmosférica una nueva y eficaz forma de hacer la vida difícil a su detestado capitalismo.

La cuarta se refiere a los países en vías de desarrollo, a los que las elites occidentales los disuaden de aprovechar sus reservas de combustibles fósiles y los animan a obtener la electricidad de fuentes renovables, caras, intermitentes e insuficientes. El tercio de la humanidad sin acceso a energía eléctrica tiene derecho a consumir petróleo, gas y carbón hasta alcanzar la renta per cápita de las naciones ricas. Para permitirse el lujo de descarbonizar primero hay que industrializarse y crecer. Impedir que en África recurran a las energías no renovables demuestra que la condición de progresista en Europa o en Norteamérica puede resultar inhumana porque es fácil evangelizar desde una esperanza de vida de ochenta años a sociedades que apenas alcanzan los sesenta.

Y la quinta consiste en que no hay pruebas fehacientes de que el calentamiento global del último medio siglo, que es innegable, guarde una correlación causa-efecto con la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera de origen antropogénico, sino que lo que sucede es más bien lo contrario, es decir, que el aumento de este gas sigue a un calentamiento provocado por otros motivos, muy concretamente la actividad solar y su influencia sobre la presencia de vapor de agua, que es el principal gas de invernadero.

Por supuesto, no es mi intención detallar aquí una explicación pormenorizada de las afirmaciones anteriores, entre otras razones para no hacer este texto anómalamente largo, pero sí animo a aquellos de mis lectores que se hayan escandalizado por su contenido a que se informen más allá de los informes oficiales del IPCC de Naciones Unidas y de las monsergas que los integrantes de la clase política, con algunas excepciones voluntariosas, repiten como papagayos. Si lo hacen, verán que los planteamientos políticamente correctos sobre el cambio climático presentan numerosas contradicciones, inconsistencias y no son coincidentes con la evidencia empírica. Cabe la seria sospecha de que nos hemos lanzado a una reducción de las emisiones de dióxido de carbono que, además de ruinosa, no va a conseguir los objetivos perseguidos. En definitiva, que la verdad incómoda de Al Gore no sólo es muy posible que de verdad tenga poco, sino que nos ha embarcado en un error fatal del que saldremos tarde y malparados.

Querer a España

«Los que conocimos la grandeza de la mayoría de los políticos de tiempos pasados, jamás pudimos pensar que un día estaríamos en tan penosas manos»

Pilar Cernuda (*El Subjetivo*)

Me preguntaron en una ocasión en una charla con estudiantes de periodismo, qué era ser un hombre de Estado. Fui grandilocuente en la respuesta, pero me salió de dentro: «Querer a tu país, querer a España». Seguro que me tomaron por una mujer pasada de rosca que vive ajena a los tiempos actuales, pero me reafirmo en que un hombre de Estado, una



mujer de Estado, es la que considera prioritario la defensa de su país, proteger a la sociedad de su país. En la España de hoy, lo echo de menos.

No considero al presidente Sánchez un hombre de Estado, aunque sí hay hombres del PSOE tan desesperados como yo misma; tampoco considero hombres de Estado a la mayoría de los dirigentes que forman parte del grupo de

partidos que apoya a Sánchez, con mi rechazo muy enfocado en los independentistas y en Bildu, los dos por buscar el destroz de España, con los segundos además acogiendo en sus filas a personajes de trayectoria terrorista.

Creo también que en la dirección de Vox hay personas que no son patriotas sino patrioteros, y con verbo encendido atraen a quienes confunden el querer a España con propuestas que rompen la sociedad y la devuelven a comportamientos retrógrados que es mejor no recuperar nunca. Me da la impresión que es la razón de que Iván Espinosa de los Monteros haya decidido no recoger su acta de diputado, más que por el mal resultado electoral. Tampoco convencen las excusas familiares.

Se tomaba la política en serio, y aunque defiende ideas muy alejadas de las que muchos defendemos, no podía sentirse cómodo junto a personajes ante los que Abascal ha caído rendido y ha permitido que impongan su criterio. Por otra parte, si Vox ha perdido votos a chorros ha sido en gran parte porque muchos de quienes confiaban en Vox se han dado cuenta de que buscaban cargos por encima de cualquier otra consideración.

Ya metidos en el tema, no me resisto a comentar las declaraciones de Patxi López, que al conocer que Vox apoyaría la investidura de Feijóo si el Rey lo designa candidato, arremetió contra los que pactan con quien haga falta «con tal de estar en el poder». Hay que tener mucha desfachatez para que se exprese en esos términos un colaborador importante de Pedro Sánchez.

A Feijóo se le abre una posibilidad de ser presidente tras el anuncio de Vox de que no exigiría entrar en su gobierno en el caso de



que lo consiguiera. De inmediato se produjeron movimientos que demuestran cómo quieren España algunos de nuestros políticos.

Esparza, de UPN, antes de las elecciones dijo que apoyaría a Feijóo; después, que ya se vería, pero daba a entender que no quería alejarse excesivamente de Sánchez, por si acaso. La diputada Cristina Valido tuvo una reacción muy parecida: la primera, que apoyaría al PP en una posible investidura, entre otras razones porque gracias al acuerdo entre Coalición Canaria y el PP su jefe Fernando Clavijo se convertía de nuevo en presidente de Canarias tras cuatro años de socialismo. Una vez celebradas las elecciones, Valido anunció que su partido apoyaría a quien gobernara, lo que significaba que le era igual PP que PSOE, Feijóo que Sánchez, churras que merinas. Bonita forma de ejercer política. Se comprende que en las elecciones del día 23 se haya producido una importante caída del voto regional.

En cuanto al PNV, habituado a ganar, ahora se ha visto rebasado por Bildu. Se mantiene al frente de la institución más poderosa del País Vasco junto a la lehendakaritza, la diputación de Guipúzcoa. Pero Ortúzar, el presidente del PNV, empieza a asumir las malas costumbres de Pedro Sánchez, y ni se ha molestado en agradecer a Feijóo que le diera su apoyo, a cambio de nada, para que la diputación fuera para el PNV y no para Bildu.

Ortúzar sigue empeñado en no permitir que Feijóo sea presidente de gobierno, y eso que ni siquiera tendría que apoyarle, solo con abstenerse en la investidura provocaría que Pedro Sánchez se fuera a su casa. Ya no tiene la excusa de su rechazo total a Vox, porque en el acuerdo entre Feijóo y Abascal está que en ningún caso habrá miembros de Vox en un gobierno del PP. Hay trastienda en la posición del PNV, y saldrá a la luz más pronto que tarde. Pero Ortúzar tendría que hacérselo mirar: a mediados del 2024 habrá elecciones en el País Vasco, y como siga bailando el agua a Sánchez y sus socios, Bildu no solo ganará sino que va a arrasar. Y llegará entonces el llanto y crujiir de dientes para los peneuvistas.

Los que conocimos la grandeza de la mayoría de los políticos de tiempos pasados, jamás pudimos pensar que un día estaríamos en tan penosas manos.
